

La Crisis del Ateísmo

Hugo Santander Ferreira*

Hsantand@mailcity.com

Desde un punto de vista racional, es inútil discutir la existencia de Dios, pues su negación implica su afirmación

Hay una obra de Frida Kahlo que siempre me ha intrigado: en ella la trinidad católica es reemplazada por figuras prominentes del comunismo: Dios, el padre, es encarnado por Karl Marx. El autor de «Das Kapital» habría aprobado este tributo: en una carta escrita en Algeria antes de su muerte, Marx confiesa que su barba y su bigote crecieron para inspirar a sus prosélitos: «Me he afeitado mi barba de profeta y mi corona de gloria»¹. Marx, sobra escribirlo, se abstuvo de ser fotografiado desde entonces.

Frida, como tantos comunistas, profesaba el ateísmo, a la par que como artista jamás renunció a sus inquietudes metafísicas. Sus ansias de inmortalidad la acuciaban: sus obras no sólo reemplazan la iconografía cristiana por la de los héroes de la comuna. «El Abrazo de Amor del Universo, la Tierra (México), Diego, Yo y el Sr. Xolotl» es una plegaría panteísta: en él la naturaleza encarna a Dios y éste a Frida, ella a la tierra y la tierra al universo. En sus brazos Diego Rivera, el artista más famoso de México en su tiempo, es un bebé. El tiempo le ha otorgado la razón: tras la caída del comunismo la obra de Frida Kahlo prevalece por su sinceridad; Rivera, entre tanto, es principalmente reconocido en el extranjero como el esposo de Frida Kahlo.

Hacia finales del siglo diecinueve Nietzsche proclamaba la muerte de Dios. Con su imparcialidad característica, el filósofo francés Gilles Deleuze escribió en 1968 que ya San Pablo había declarado la muerte de Dios dieciocho siglos atrás: «Dios murió por nosotros». Nietzsche, es de entender, atacaba primordialmente a las instituciones religiosas de su tiempo, las cuales, como el estado, como las escuelas filosóficas, coercionan la libertad individual. Su interés en los evangelios, no obstante, lo llevo a elogiar a Jesucristo; en alguno de sus pasajes confesó que su hombre ideal, o superhombre, era una combinación de Jesús de Nazareth y Napoleón Bonaparte. Nietzsche se consideró a sí mismo ateo, pero ese ateísmo era social; en su vida diaria el teísmo lo inspiraba: los poemas de Nietzsche reemplazan al dios cristiano por Dionisios, es decir, por un dios antropomórfico. Los estudiantes de filosofía aprenden hoy en día que a partir de Nietzsche el hombre ha reemplado a Dios. Este pensamiento feliz, no obstante, ya abunda en los evangelios: cuando los sacerdotes hebreos critican a Jesús por socorrer a los enfermos, éste les replica, citando el antiguo testamento, que cada hombre es Dios.

Desde un punto de vista racional, es inútil discutir la existencia de Dios, pues su negación implica su afirmación. Quien, por ejemplo, afirma que el dios moderno es la ciencia, concede el hecho de que Dios existe; lo que entra a discutir es la definición de Dios. Este razonamiento se fundamenta en la dialéctica de Hegel, quien a su vez se inspiró, como todos los filósofos del idealismo alemán, en los fragmentos de Heráclito: la vida es una lucha de opuestos: la mortalidad contiene a la inmortalidad.

Tras la declaración de los Derechos del Hombre, nuestra civilización ha presenciado la fragmentación de la Iglesia: las jerarquías eclesásticas pierden poder y el número de sacerdotes de la iglesia católica disminuye. Por otra parte, el ateísmo no encuentra tierra firme. La religión prolifera en el tercer mundo, aunque, como Shopenhauer objetaría, la creencia en una vida eterna y feliz es el único consuelo de los pobres. Esta objeción, no obstante, no se aplica a los Estados Unidos, el país más próspero del mundo: de acuerdo a un reciente sondeo de Newsweek, el 89% de los estadounidenses creen en Dios o en un Ente divino. Inglaterra, Francia y Alemania podrían señalarse como los países menos

* Profesor de la Universidad de Salford, Inglaterra. MFA en Film & Media Arts de Temple University, EU. Director de cine, documentalista y escritor. Autor de la novela «Nuevas Tardes en Manhattan» (Bucaramanga: Editorial Tabor, 2000).

¹ Citado por Wheen, Francis. Karl Marx (London: Fourth State, 1999), p. 379. Mi traducción.

religiosos de Europa; aún así la popularidad de la Madre de Dios asombra a los anticlericales: Francia es el país más visitado del mundo, y su ciudad más visitada no es París, sino Lourdes, en donde los médicos han certificado más de cien curaciones inexplicables en los últimos cien años.

En aras de la objetividad los Medios de Comunicación evitan el debate religioso; en su lugar, la superstición, una suerte de credo personal e improvisado, es proclamada: se nos recuerda que es martes 13, que hay edificios que evitan el piso número trece, etc. A su vez el auge de modas alternativas de espiritualidad, como el budismo, la cábala y la filosofía Zen, evidencian una crisis metafísica. Hay una voluntad de creer acompañada de una desconfianza arraigada hacia las instituciones religiosas.

El ateísmo se define, entonces, como la negación de un credo por otro más consistente, como una «práctica» que previene al hombre postmoderno contra el anquilosamiento metafísico. El teísmo es su consecuencia inevitable. Este proceso ocurre a nivel personal o comunitario, y en él cada individuo descubre su relación con el universo y con su generación; en otras palabras, la divinidad se construye a partir de una crisis espiritual.

Unamuno escribió en «El Sentimiento Trágico de la Vida» que vivir sin una certeza de Dios, aunque trágico, es soportable e incluso aconsejable. Albert Camus replicaría en «El Mito de Sísifo» que esa vida sin Dios no es trágica, sino repetitiva y vacua. El hombre europeo de la postguerra acogió la filosofía existencialista con entusiasmo: sin inmortalidad el hombre debía escoger entre la angustia o los excesos sexuales—una opción que Freud ya había previsto en «El Malestar en la Cultura»—. Camus optó, como Kierkegaard, por la angustia. Jean Paul Sartre, como es sabido, optó por la sensualidad; su obra fundamental, «El Ser y la Nada» analiza a lo largo de varios capítulos las virtudes del sadomasoquismo. Camus y Sartre se distanciarían el uno del otro, en particular cuando el primero abogó abiertamente por la defensa de los Derechos del Hombre. Sartre sospechaba, no sin fundamento, que los Derechos del Hombre ponían en práctica de las enseñanzas de Jesús de Nazareth; los miembros de la Revolución Francesa que los redactaron fueron todos discípulos consumados de Rousseau, quien escribió «El Contrato Social» y «Emilio» basándose en la ideología de los evangelios. Robespierre, el verdadero artífice de la Revolución Francesa, fundó, en un arrebató místico y anticlerical, una nueva iglesia secular meses antes de su muerte.

Sartre, de hecho, había encontrado, como tantos intelectuales de su generación, su credo en el comunismo, pero los horrores del estalinismo terminaron por decepcionarlo. En una de sus conferencias más conocidas Sartre se autodenomina el padre del existencialismo ateo. El tono profético de su declaración es una de las características más propias de la filosofía desde Parménides: quien acusa o define a Dios quiere convertirse, de hecho, en Dios. Menos mesiánico en su juicio, Emmanuel Kant escribió que Dios era la idea del bien supremo: un concepto que ha sido aprobado por religiosos y escépticos por igual; para un místico como Samuel T. Coleridge Dios es una idea a-priori de la razón, para un anticlerical Dios es una anomalía de la razón.

Hoy en día la antropología filosófica admite que el ser humano no puede vivir sin un «horizonte»: este «horizonte», desde luego, es un eufemismo de Dios; para los comunistas lo fue el proletariado, para los ecologistas lo es la naturaleza, para los capitalistas el capital, para los fariseos la pompa de la iglesia, para los nazis y Heidegger el Estado, para los místicos el sufrimiento. El libro de Exodo, más escueto, identifica a estos «horizontes» con ídolos que alejan al hombre del Dios hebreo de los diez mandamientos.

Darwin escribió que en la naturaleza sólo los más fuertes prevalecen; su opinión habría de validar las teorías positivistas de Auguste Comte, la lenta agonía de seis millones de inocentes bajo la Alemania nazi y el frío aniquilamiento de dos ciudades japonesas en 1945. El gran mérito de la obra de Jürgen Habermas ha sido el de establecer un criterio de piedad en la filosofía a través de la comunicación, combatiendo a pseudointelectuales que abogan por la creación de un superhombre genético. Paralelamente, el cristianismo combate los embates egoístas del modernismo. La postura secular de los gobiernos occidentales se reconcilia con el cristianismo en el campo ideológico; el encuentro entre los derechos del hombre y el misticismo pacífico. Buda abogó por el desapego por todos los bienes materiales y afectivos, pero su credo es resignado y no es de extrañar que en los pueblos orientales los budistas acepten la pena de muerte. Tras los horrores de Auschwitz, la humanidad ha comprendido que la impiedad es autodestructiva. Jesús de Nazareth aconsejaba a sus

apósteles que perdonasen a sus enemigos; un predicado que los diálogos de paz en el Medio Oriente, Angola, Chiapas y Colombia prueban.